

LA ESCENA DEL CRIMEN

Douglas Iván Páez Sosa¹

Llegó a su edificio y tomó el ascensor, con la fatiga de un largo día de trabajo pesando sobre su espalda.

Marcó el piso diez y esperó. Iba sólo. Esto no se le hizo extraño, pero sí le hizo pensar, en lo raro que era no haber visto a nadie en todo ese trayecto. El portero del edificio—extrañamente—no estaba en su puesto de trabajo; ni ninguno de los otros empleados que siempre por allí rondan.

No había nadie. Ni vecinos, ni visitantes. Todo lucía desolado y en absoluto silencio.

Su reloj de pulso marcaba las 9:30 p.m.

Llegó a su piso, y desde la distancia, notó que la puerta desvencijada de su apartamento estaba abierta.

Todo lo peor pasó por su mente. En estos tiempos extraños y violentos, si tenía suerte, sólo habría sido un acto vandálico o robo menor.

Empujó la puerta con sigilo y muy alerta, hasta quedar totalmente abierta.

Aparentemente todo estaba normal en la cocina, comedor y sala.

Pero al adentrarse en el pasillo que conduce a los cuartos, observa desde la distancia, los pies calzados de alguien tirado en el piso. Estos se dejaban ver, parcialmente, porque la puerta de su habitación estaba entreabierta.

Retrocedió dos pasos espantado y se recostó a la pared.

Su corazón agitado parecía saltar dentro de su pecho, y erizado en cuello y brazos, sintió como el pánico paralizante anudaba su garganta.

Él vivía sólo, ¿Quién rayos podría ser aquel sujeto? ¿Por qué un cuerpo tirado en el piso de su habitación?

Haciendo gala de su pasado militar, aspiró profundo y se animó a seguir.

Ya al pie de su habitación, el calzado y las medias le parecieron familiares. Coloca su mano derecha sobre la puerta entreabierta y, suavemente, comienza a empujarla.

¹ Tecnólogo en Sistemas Informáticos. Universidad Tecnológica de Bolívar. Escritor autodidacta. Correo Electrónico: dpaezsosa@yahoo.es

Y a medida que esta se iba abriendo, el resto del cuerpo quedaba expuesto y, claramente, se evidenció la escena de un crimen.

Un hombre de edad mediana, yace en su dormitorio tirado en el piso.

Vestía pantalón café y camisa blanca encajada; y en su cabeza, una toalla blanca, totalmente ensangrentada, cubría su identidad.

Quedó impactado. No sabía qué hacer. Incorporado y frente al cuerpo, toma un último sorbo de aliento y se anima a destaparlo.

¡Oh maldita sorpresa!

Fue en ese aterrador instante cuando comprendió, que su ser desdoblado (producto del fallecimiento), le estaba enseñando la triste escena, de su propio asesinato.